



FERNÁNDEZ, Cristina Beatriz. El lugar de la epopeya en *La tradición nacional*, de Joaquín V. González. *Revista Épicas*. Año 7, N. 13, Jun 2023, p. 66-75. ISSN 2527-080-X.
DOI: <http://dx.doi.org/10.47044/2527-080X.2023.v13.6675>

EL LUGAR DE LA EPOPEYA EN LA TRADICIÓN NACIONAL DE JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

THE PLACE OF THE EPIC IN LA TRADICIÓN NACIONAL BY JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

Cristina Beatriz Fernández¹

Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMDP)

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)

RESUMEN: El propósito de este artículo es analizar el ensayo *La tradición nacional* de Joaquín V. González focalizando un aspecto que juzgamos medular: el lugar concedido a la *epopeya* en la conformación de un relato identitario sobre la nación. Al respecto, nos interesa destacar cómo el *epos* presente en las tradiciones poéticas orales y populares es convertido en una *epopeya* en virtud de la intervención letrada. Asimismo, observamos que entre las *epopeyas* producto de los sectores letrados de distintas épocas y regiones, González presta especial consideración a dos textos bien diferentes, *La araucana* de Alonso de Ercilla y el drama anónimo quechua *Ollantay*, que son leídos, como resulta esperable, en clave de epopeyas. Pero no deja de ser curioso que estas obras, vinculadas con la región geocultural andina, ingresen en el corpus de textos fundacionales argentinos, sobre todo si se considera que la primera, al menos desde los tiempos de la independencia, ha cumplido ese rol en relación con Chile y no con Argentina. En los dos casos, es su vinculación con la geografía de los Andes, que para González es el espacio natural para la génesis de la epopeya americana, la que permite su apropiación y refuncionalización simbólica.

Palabras clave: Joaquín González; tradición; epopeya.

ABSTRACT: The purpose of this article is to analyse Joaquín V. González's essay *La tradición nacional*, focusing on an aspect that we consider to be central to it: the place given to the epic in the shaping of an identity narrative about the nation. In this respect, we are interested in highlighting how the epos present in oral and popular poetic traditions is converted into an epic by virtue of literary intervention. Likewise, we note that among the epics produced by the literate sectors of different periods and regions, González gives special consideration to two very different texts: *La araucana* by Alonso de Ercilla and the anonymous Quechua drama *Ollantay*, which are read, as is to be expected, in the key of epics. But it is curious that these works, linked to the Andean geo-cultural region, should be included in the corpus of Argentinian foundational texts, especially if one considers that the former, at least since the time of independence, has

¹ Doctora en Ciencias del Lenguaje con mención en Culturas y Literaturas Comparadas (Universidad Nacional de Córdoba, Argentina, 2008), Investigadora Independiente en el CONICET, Profesora Asociada a cargo de la cátedra de *Literatura y Cultura Latinoamericanas I*, Departamento de Letras, Facultad de Humanidades, UNMDP. <https://orcid.org/0000-0003-3540-434X>; <https://www.webofscience.com/wos/author/record/HTL-6901-2023>. Contacto: cristina.fernandez@conicet.gov.ar

fulfilled this role in relation to Chile and not to Argentina. In both cases, it is their link with the geography of the Andes, which for González is the natural space for the genesis of an American epic, that allows their appropriation and symbolic refunctionalisation.

Keywords: Joaquín González; tradition; epic

Introducción

Publicado en 1888 por Félix Lajouane editor, *La tradición nacional*² es un ensayo histórico del polifacético escritor y político Joaquín V. González (1863-1923),³ quien en ese momento era diputado nacional por su provincia natal, La Rioja, y ya integraba el *staff* del diario *La Prensa* de Buenos Aires. Este escrito puede considerarse una manifestación temprana de su “programa político-intelectual”, que abarcaría “propuestas de cambio del mundo del trabajo, del campo electoral, en la educación, en la creación institucional, en la articulación Estado-escritores para el desarrollo de invenciones culturales” (Pulfer, 2015, p. 19). Cabe recordar que Joaquín González fue una de las figuras intelectuales interesadas en la conformación de un canon nacional en el fin de siglo XIX, donde la función de los clásicos argentinos se apoyaría en nociones como las del bien o la belleza, heredadas del clasicismo filosófico y retórico que, aunado a una cuota de redentorismo histórico cultural, apuntaría a la constitución de un nacionalismo humanista de fuertes connotaciones moralizantes (Degiovanni, 2010, pp. 178-179). A esto se agrega el ángulo crítico desde el cual veía algunos aspectos del proceso modernizador, lo cual reforzaba la necesidad de estabilizar una imagen de la nación, como contraparte del paulatino debilitamiento del valor del *progreso* (Agüero, 2006, p. 92).

LTN es un ensayo que tiene la peculiaridad de establecer, como origen cultural de los hispanoamericanos, no tanto la herencia hispánica o europea sino el legado de los pueblos aborígenes. Es decir que, en sus reflexiones sobre la identidad nacional, González promueve la interpretación según la cual

² En 1912 se realizó una nueva edición de la primera parte con el sello de Juan Roldán y carta-prólogo de Bartolomé Mitre. En 1930 hubo una nueva edición. En 1936, se publicó en el volumen XVII de las *Obras Completas de Joaquín V. González*, Buenos Aires, Congreso de la Nación Argentina-Universidad Nacional de La Plata. En 1957, la editorial Hachette la publicó nuevamente, en su colección *El pasado argentino*, dirigida por Gregorio Weinberg. Para este trabajo seguimos la edición crítica más reciente, citada en la bibliografía (González, 2015). De aquí en más haremos referencia a este texto como *LTN*.

³ Joaquín Víctor González fue jurista, político, educador y escritor consagrado por ensayos como *La tradición nacional*, que analizamos aquí, *El juicio del siglo, o cien años de historia argentina* (1910), así como por los relatos de tenor autobiográfico de *Mis montañas* (1893), además de textos históricos, de Derecho y educacionales. Sobre la relevancia de los géneros vinculados a la oratoria – conferencias, discursos, intervenciones parlamentarias – en la producción de González, señala Darío Roldán que “más que un escritor, González fue un orador público” (1993, p. 14). Nacido en la provincia de La Rioja en 1863 y formado en las aulas de la Universidad de Córdoba, se destacó tempranamente por su actuación política, a la que accedió por pertenecer a una de las familias tradicionales de su provincia, ligada a los intereses del Partido Autonomista Nacional. Por ello fue un joven gobernador de su provincia, desde 1889 a 1891, así como parlamentario en varias oportunidades, hasta el mismo momento de su muerte, en Buenos Aires, en 1923. Su formación intelectual lo convirtió en uno de los más destacados personajes públicos en el marco del *orden conservador* que, a la sombra del liberalismo jurídico y económico, propició medidas de modernización social y secularización cultural en la Argentina, en un período signado por la actuación de la llamada *generación del 80*. Fueron también las vinculaciones de su familia las que lo llevaron a la dirección de noticias del diario *La Prensa*, que en 1869 había sido fundado por José C. Paz en Buenos Aires. Tiempo después, en 1896, sería designado titular del Consejo Nacional de Educación y profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y Ministro del Interior, de Justicia e Instrucción Pública en 1901, durante la presidencia de Julio Roca, cartera en la que continuó bajo la presidencia de Manuel Quintana, hasta 1906. Uno de los logros más trascendentes de González fue la fundación, sobre la base de una universidad provincial ya existente, de la Universidad Nacional de La Plata, una de las principales casas de estudios superiores de la Argentina. Para información biográfica sobre Joaquín V. González, ver: Lascano González, 1965; Luna, 2001; Marasso, 1946; Pulfer, 2015; Roldán 1993. Sobre el contexto histórico-político y la relación con la reforma y modernización social así como con la gestión educativa, son ineludibles Bertoni, 2007; Zimmermann, 1995; Dalmaroni, 2006.

en la génesis de la nacionalidad argentina tendrían un lugar significativo las culturas precolombinas. Una interpretación que lo colocó en una posición diferencial respecto de la mayor parte de su generación intelectual. Su valorización del legado cultural precolombino puede vincularse con sus propios orígenes provincianos, pero también con el influjo, todavía operativo, de la estética romántica y de autores como Lamartine y Chateaubriand. En esa operatoria de construcción de un linaje cultural para la nación, nos interesa especialmente rastrear su utilización de dos textos, que vincula con la dimensión de la *epopeya*, que tienen la particularidad de no corresponderse, desde el punto de vista de su génesis, con el territorio que posteriormente correspondería a la República Argentina. Ello es así porque el programa cultural de González está afirmado en el “uso político de la tradición”, una herencia popular, oral y poética pero que es transformada por los letrados en materia literaria, susceptible de nutrir esa tradición nacional (Espósito, 1998, p. 83).

Historia y tradición

Como es lógico, esta tradición nacional requiere una concepción de la historia, que en el caso de nuestro autor exhibe resabios románticos. Podemos apreciarlo, por ejemplo, cuando afirma que “La poesía es la armonía de la historia, y las tradiciones populares son las flores silvestres con que los pueblos adornan a esa reina de las artes. Un pueblo sin poesía es un cuerpo sin alma; pero ese pueblo no ha existido nunca, ni existirá en el futuro” (González, 1915, p. 96), o bien:

Y ¿qué cosa más atrayente y sublime que esas creaciones populares que no son sino los poemas de una raza? ¿Y qué cosa más bella que esas tradiciones que han inmortalizado las montañas de Escocia e Irlanda, de Bretaña, de Dinamarca y Escandinavia, de Alemania y Suiza, de España e Italia con los bardos, los trovadores, los *minesingers*, y que han elevado a la más alta forma artística los Walter Scott, los Tennyson, los Andersen, los Hoffmann, los Wagner, los Zorrilla, etcétera? (González, 2015, p. 99).

Es decir que nuestro autor considera legítimo recurrir a los textos preservados en la memoria popular, las “tradiciones”, como una forma de suplir los huecos en el relato historiográfico sobre el pasado americano. En la misma tesitura, afirma que es la “tradición popular, transmitida de unas generaciones a otras” la que preserva la “memoria de los tiempos pasados y de los hombres que fueron su alma” (2015, p. 96). Poesía y tradición constituyen, a su juicio, los “elementos primos de la historia”, que por su condición de ser “esenciales a las agrupaciones humanas” son las que permiten “reconstituir una nacionalidad sumergida en esas tempestades que derriban toda la labor de los siglos” así como comprender “la organización social que tales actos ejecutó y que la tradición perpetúa” (2015, p. 96).

La argumentación de González prosigue con la alusión a los avances que la filología y los estudios comparados habían alcanzado respecto de las culturas clásicas y orientales, anhelando una forma similar de otorgar legitimidad y prestigio a las antigüedades americanas:

Pienso que si se descubriera algún monumento literario de las razas de América, algo como un poema bíblico, o como una gran tragedia de aquellas que condensan una historia, ellos tendrían todos los caracteres, todos los colores, todos los sentimientos, todo el vigor descriptivo que nos asombran en los poemas de la India. (González, 2015, p. 105)⁴

En la misma línea, y en referencia a las “razas extinguidas” americanas y sus testimonios materiales, afirma: “me he sentido conmovido ante el genio perpetuado en piedra, ante el valor indómito revelado por la tradición y la arquitectura, ante la pasión íntima de una raza destruida que, como los luminosos pueblos de la India primitiva, tuvo sus poemas, sus dioses, sus héroes y sus grandes amores” (González, 2015, p. 97).

Monumentos silenciosos y textos perpetuados en la oralidad podrían significar, a juicio de González, registros de la existencia de una “raza gigantesca, heroica y apasionada” (2015, p. 98). Por ello, entiende que en la lucha de los pueblos indígenas, en su enfrentamiento al avance de los conquistadores, hay un germen de la “patria”:

América está sembrada de sus sepulcros desde México hasta Magallanes y desde el Pacífico hasta el Atlántico; y en cada uno de ellos ha perecido una epopeya, sin que su grito de desesperación o su despedida de la patria que defendieron como los tigres de sus selvas y de sus montañas se hayan perpetuado siquiera por ningún poeta [...] (2015, p. 104).

En el fragmento que antecede encontramos el empleo de una palabra que será recurrente en *LTN*: *epopeya*. González incluye en el campo de las *epopeyas* no sólo textos sino también eventos históricos cuyo carácter heroico los convierte en ejemplares dignos de inscribirse en esa categoría. Así, por ejemplo, en sintonía con cierta noción romántica de *lo sublime*, considera que la magnificencia de la naturaleza americana tuvo impacto sobre el accionar de los pueblos que habitaron el continente, sobre los cuales influyó con sus propias “voces”: “Como las epopeyas homérica y védica, y como la epopeya virgiliana, esas voces inexplicadas ejercieron influencia decisiva sobre los combates y sobre los actos de la vida colectiva, doméstica o política”

⁴ La filología y sus saberes asociados, como la arqueología, los estudios de lenguas, religiones y mitologías comparadas, tuvieron una época de esplendor en el siglo XIX. Excede los objetivos de este artículo analizar ese aspecto en Joaquín V. González, pero cabe al menos recordar su labor como traductor de poetas orientales, mediatizados, es cierto, por la literatura anglosajona. Sobre el estatuto epistemológico de la filología, cabe recordar que para una figura como Max Müller, filólogo, hindólogo, mitólogo y orientalista, quien fue, también, una figura fundacional de la mitología comparada, la Filología era una nueva ciencia, que se estaba institucionalizando, por ejemplo, mediante la creación de una cátedra en la universidad de Oxford, como lo explica en su conferencia de 1868 “On the Value of Comparative Philology as a branch of Academic Study” (Müller, 1881, pp. 108-173) o en otra de sus conferencias, en este caso, de 1872, “On the results of Comparative Philology” (Müller, 1881, pp. 174-203), en la cual resaltaba la influencia que había ejercido la filología comparada en todas las disciplinas. La filología se constituyó, efectivamente, como una ciencia moderna que se desarrolló primeramente en Alemania, al amparo de los estudios históricos y que fue impulsada por la conquista europea de las sociedades no europeas. Entre sus hitos descollaron las investigaciones de sir William Jones sobre el sánscrito (1786), el desciframiento de Champollion de los jeroglíficos egipcios (1824) o de la escritura cuneiforme por parte de Rawlinson (1835). Pero sobrepasando descubrimientos, descripciones y clasificaciones, la filología alcanzó, en manos de eruditos como Franz Bopp y los hermanos Grimm, el rango de una ciencia social propiamente dicha, es decir, que logró enunciar leyes generales aplicables a un campo al parecer tan difícil de sistematizar como el de la comunicación humana. Y estas leyes eran de tipo históricas, comparativas y evolucionistas, lo cual permitió esclarecer el parentesco de los idiomas indoeuropeos así como la certeza de sus transformaciones históricas. En palabras de Eric Hobsbawm, la filología fue la primera de las ciencias que consideró la evolución como su verdadera esencia, cuyos practicantes siempre confiaron en que la evolución del lenguaje debía explicarse por leyes lingüísticas generales, análogas a las científicas, cuyo supuesto metodológico, compartido con la arqueología, era que la historia podía reconstruirse a partir de los fragmentos de épocas pasadas. Para Ernst Renán, la filología era una forma de poder, y para figuras como Menéndez y Pelayo o Nietzsche, constituía un ejemplo acabado de las disciplinas científicas del siglo XIX (Hobsbawm, 1999, pp. 289-291; González, 1983, pp. 16-18, 28-29).

(2015, p. 106). En su razonamiento, la construcción de discursos necesarios para edificar el sentimiento patriótico debe nutrirse de esa misma inspiración por los hechos heroicos:

...si quisiéramos levantar en el corazón del pueblo el sentimiento patriótico para la defensa nacional, no habríamos de hablarle en el lenguaje de las academias, sino en el idioma candente de las glorias, de las batallas y de los martirios de nuestros héroes; le hablaríamos al sentimiento, porque él enciende las cenizas de los sepulcros y precipita a los pueblos a los grandes heroísmos (2015, p. 113).

Es en el contexto de esta articulación argumentativa entre la geografía americana, el heroísmo y el patriotismo, que cobra lugar su mención a los araucanos y al célebre poema épico que les dedicó Alonso de Ercilla:

Desde luego, es indudable que la tradición araucana reviste un carácter principalmente belicoso y heroico, y así está demostrado por los prolijos estudios de los historiadores de ambos lados de los Andes, por las antiguas crónicas de las colonias, y antes que ellos, por el inmortal poema de Ercilla, [...] grandioso y rico en poesía y en material histórico [...] (González, 2015, p. 106, nuestro subrayado)

La inscripción de este célebre poema épico en su construcción de una *tradición nacional* se fundamenta en que *La Araucana* es un “poema histórico y descriptivo, es una de las fuentes más puras de la tradición de aquella región de América” y porque “de todas las epopeyas conocidas, ninguna como *La Araucana* ha precisado menos adulterar la verdad para dar al poema la belleza artística, porque Ercilla encontró en América una tierra virgen, jamás descripta ni cantada, y sus descripciones inimitables de un realismo que sorprende, siendo copia exacta de una espléndida región desconocida, debían tener en su época y en todo tiempo el precioso encanto de la novedad, que va siendo tan escaso en nuestra poesía contemporánea” (González, 2015, pp. 106-107). Es decir, que cumple la misión, esperable del poeta, de haber salvado del olvido, de haber “perpetuado”, como decía en uno de los pasajes ya citados, la memoria de una *epopeya* que, de lo contrario, hubiera “perecido” (2015, p. 104). Realismo, información histórica y el ser “copia exacta” de una nueva realidad, aunados con “la belleza artística”, son los factores que para González tornan valiosa la inscripción de *La Araucana* en su recorrido por la tradición nacional *argentina*, claramente filiada con “las fuentes puras de nuestras sociedades americanas” (González, 2015, p. 109).

Epopeyas indígenas y andinas

En este punto, y retomando la relativa excepcionalidad de González en su contexto intelectual, conviene remarcar sus diferencias con Bartolomé Mitre, explicitadas por este último en la carta con que saludó la primera edición de la obra que nos ocupa. Precisamente, Mitre ponía en evidencia, como punto neurálgico de sus discrepancias, la presencia del elemento indígena en la constitución de la nacionalidad. Decía Mitre, sopesando la calidad analítica y literaria de *LTN*:

La segunda parte, de rasgos brillantes y vistas largas, es la más débil, considerada desde el punto de vista científico y filosófico. Puede decirse que casi toda ella gira alrededor de la idea de que los hispanoamericanos somos los descendientes genuinos de los americanos de la época precolombina. Protesto contra esta idea [...] (Mitre, 2015, p. 296)

Para González, por el contrario, esos mismos pueblos precolombinos cifraban el origen de la nacionalidad, y no sólo los araucanos a los que alude mediante la referencia al poema de Ercilla ya citado, sino otras sociedades propias del espacio geocultural andino⁵: “Entre las razas que ocuparon lo que hoy es la República Argentina, es indudable que ninguna dejó huellas más vivas de su tradición y de su historia que la gran nación quechua [...]” (González, 2015, p. 110). Como bien ha advertido Diego Chein, al recoger las tradiciones del espacio rural y de las provincias en *La tradición nacional*, González establece relaciones de continuidad allí donde la historiografía de Mitre introducía rupturas. En particular, la ruptura entre la nueva nación y su pasado indígena y colonial, que se revierte al convertir a este último en la raíz ancestral del espíritu nacional. Del mismo modo, la ruptura espacial entre un interior provincial retrógrado y una ciudad-puerto impulsora del progreso y la civilización se redefine en el trazado de un mapa cultural de la nación mucho más complejo, integrador de regiones naturales y humanas diversas, no limitado a la región pampeana ni al espacio urbano metropolitano (Chein, 2007, p. 52). Una construcción literario-historiográfica que se opone, claramente, a la versión historiográfica del mitrismo, orientada hacia la identificación del proceso civilizatorio con el predominio de la civilización blanca europea y el consecuente retroceso del componente social y racial indígena (Devoto, 2008, 285-286).

Esa inclusión simbólica de otros espacios geoculturales le permite insertar, en esa construcción identitaria del corpus de textos fundacionales de la patria, un poema épico que, al contrario de su valor ideológico en el contexto del imperialismo hispánico que lo vio nacer, fue resignificado, desde los tiempos independentistas, como poema nacional de Chile.⁶ Pero además de *La Araucana*, considera que el drama quechua *Ollantay* – que, digamos de paso, cita en su versión al francés⁷–, es un documento de similar envergadura respecto de los orígenes de la nacionalidad, pues aunque no lo considera un texto precolombino,⁸ considera que es producto de un momento donde todavía podía registrarse la cultura aborígen sin excesivas interferencias:

... como tradición escrita, puede contarse entre los ricos elementos de la crónica americana, de que más tarde la literatura nacional puede sacar abundante partido: lo primero, porque no refleja el genio de la nación de que se supone ser obra, y lo segundo, porque él ha sido escrito por un hombre que observó de cerca las costumbres indígenas, aún no borradas por la influencia genial

⁵ Para una reciente revisión de categorías relacionadas con “lo andino”, remitimos a de Llano, 2023.

⁶ Sobre la resignificación de *La araucana* como un poema nacional y fundacional chileno, véanse, entre otros, Davis, 2000; Dichy-Malherme, 2012.

⁷ La edición por la cual cita González es: Anónimo, *Ollantay. Drame en vers quechuas du temps des Incas*, texto quechua con versión francesa, estudio, apéndice y vocabulario de Gabino Pacheco Zegarra, París, Maisonneuve & Cie., Libraires et Éditeurs, 1878.

⁸ Expresamente afirma al respecto: “mis impresiones son adversas a su origen americano” (González, 2015, p. 113). No es éste el lugar para ahondar en el debate sobre el origen del drama *Ollantay*, que ha sido retomado por diversos críticos. Entre ellos, mencionamos a Arguedas, 2000; Calvo Pérez, 2006; Itier, 2006; Kato, 2006; Lienhard, 1992; Martin, 2016; Nagy, 1994. Una síntesis de las posiciones sobre el origen de esta obra dramática en Fernández, 2023, pp. 12-16.

de la raza conquistadora; y tiene la importancia histórica y tradicional de la *Araucana* y de las crónicas de Montesinos, Cieza de León, Garcilaso y tantos otros que escribieron lo que observaron durante la primera época de la Conquista, esto es, cuando aún se mantenía puro el carácter nativo (González, 2015, p. 116, mi subrayado).

Es evidente que el valor asignado a estas obras es el que se deriva de una cercanía temporal que se traduce en comprensión histórico-cultural de las comunidades americanas precolombinas, lo cual las convierte en resguardo de lo que llama “el genio de la nación”, genio que, como agente de la historia, se manifestaría tanto en la constitución de los países independientes como de sus respectivas literaturas nacionales. Por otro lado, estos textos tienen valor en la medida en que representan la dimensión heroica no tanto de un individuo sino de un grupo social, según su idea de que

La epopeya no es la vida de un hombre, ni basta un poeta para concebirla; ella es la vida de un pueblo que ha combatido y que ha brillado sobre la historia como un astro sobre el mundo, y su poeta es el mismo pueblo que ha cantado y ha llorado cuando sus triunfos y sus desgracias han conmovido su espíritu, cuando ha precisado sublimizarse ante la batalla y levantarse del abismo después de haber caído con estruendo (González, 2015, p. 120).

En ese sentido, el *Ollantay* adquiere una dimensión épica y socio-culturalmente representativa, derivada de la lucha heroica de su protagonista contra lo que considera una injusticia ejercida por el poder autócrata del Inca. Heroísmo colectivo y sublime a pesar del fracaso o la segura derrota parece ser, en una tónica muy propia del gusto romántico, el criterio que define qué historias pueden encuadrarse en la dimensión de la epopeya.⁹ Para González que, como ya dijimos, encuentra en la naturaleza la fuerza inspiradora de las “tradiciones” nativas que nutren la epopeya así como la historia, el espacio andino, con el cual se relacionan tanto *La araucana* como el *Ollantay*, es crucial en la génesis de la epopeya americana:

El pensamiento humano no concebirá jamás otra epopeya mientras no se cante la leyenda de los Andes. Como el Cáucaso dio a Esquilo la colosal trilogía de Prometeo, el futuro poeta americano hallará en las cumbres andinas una trilogía épica tan grande como aquella, cantando las tres épocas en que han recorrido sus laderas tres naciones, tres civilizaciones, tres categorías de héroes [...] (González, 2015, p. 120)¹⁰

O también: “La tradición y la leyenda, la historia y la epopeya de los Andes condensan el alma de la nación; allí está el ara de nuestros futuros himnos de victoria, la fuente de nuestras creaciones artísticas, el

⁹ A lo largo de todo el texto de *LTN*, el concepto de *tradición* suele asociarse al de *heroísmo*. De allí que esas tradiciones fundacionales cuenten, a la vez, con un componente épico. Esa “tradición heroica” es la que, en definitiva, aglutina simbólicamente a las naciones, en un rol identitario y comunitario similar al de las religiones. En sus propias palabras: “La tradición heroica es, pues, la primera necesidad del espíritu, y es un culto tan sagrado como el de la religión. Cuando las naciones la olvidan, legando en la indiferencia sus relatos y sus personajes memorables, es que en su alma han penetrado los vicios que aceleran su descomposición y su muerte; y cuando ha existido alguno que no tuvo esos héroes mitológicos, esas batallas en que las sombras del pasado combatieron con sus hijos, o que su nacionalidad y su independencia nacieron sin revolución y sin violencia, tal es la fuerza de la necesidad de idealizar una época, que se ve inclinado naturalmente a crear una legión de mártires autores de su libertad, y de seres fabulosos que los auxilian con su poder sobrehumano en sus grandes luchas” (González, 2015, p. 182, nuestro subrayado).

¹⁰ Esas tres categorías heroicas se corresponden con: los primeros dioses americanos, la conquista extranjera y la gesta independentista.

foco virgen de nuestra poesía nacional [...]” (González, 2015, p. 202). Esa dimensión heroica alcanzará su punto culminante con el cruce de los Andes protagonizado por José de San Martín y el Ejército Libertador, un episodio caracterizado simultáneamente como el “período más sublime de su historia” y un “momento épico” que deviene en la génesis de una nueva nación (168). La defensa del territorio y la libertad emerge, a lo largo de *LTN*, como un hilo conductor que confiere carácter heroico y cierto parentesco histórico a todos aquellos que lucharon para evitar un dominio extranjero. Se establece, así, un continuo que va desde los araucanos y los incas de *Ollantay* hasta la gesta sanmartiniana:

... La América de los incas, aquella virgen de formas purísimas, de sueños fantásticos y de destinos inmortales, renace al fin de su sopor mortífero, revestida con las antiguas flores del bosque primitivo, y San Martín es el agente de este fallo sublime del tiempo sobre la contienda de dos civilizaciones [...] (González, 2015, p. 201)

Consideraciones finales

En esta “concepción estetizante de la nación” (Solari, 1996, p. 134) que para González es equivalente a la idea de “patria”, resulta crucial el rol asignado a la *epopeya*. La articulación que propone González de las tradiciones poéticas orales y populares en una narrativa legitimadora de la identidad nacional, posible gracias a la intervención letrada, es equivalente a las operaciones de fijación de un relato oral, un *épos*, en un poema escrito, una *epopeya*, es decir, la “puesta en forma” de una palabra primitiva y oral por el ejercicio de un sujeto letrado.¹¹

Pero además, entre las *epopeyas* producto de los sectores letrados de distintas épocas y regiones, González presta especial consideración a dos textos bien diferentes, *La araucana* de Alonso de Ercilla y el drama anónimo quechua *Ollantay*, que es incluido en el corpus épico por la condición heroica atribuida a su protagonista. Estas obras, vinculadas de modos más o menos indirectos con las culturas indígenas precolombinas, comparten también la condición de ser productos culturales asociados con la región andina. De allí la extrañeza, en relación con otras interpretaciones de la tradición nacional epocales, al ver cómo ingresan estas obras en el corpus de textos fundacionales argentinos, sobre todo si se considera que la primera, al menos desde los tiempos de la independencia, ha cumplido ese rol en relación con Chile y no con Argentina. No obstante, en la argumentación gonzaliana, donde perviven rasgos romántico-positivistas como la influencia del medio en la génesis poética, el encadenamiento lógico parte de la geografía americana, en especial la cordillera de los Andes, para fundamentar y arribar a la conclusión de la necesaria existencia de una *epopeya* americana que atravesase el mismo espacio a lo largo del tiempo, en una sucesión de hazañas protagonizadas por los araucanos y los incas, los conquistadores y las tropas sanmartinianas. Es así como se apropia simbólicamente no sólo del espacio andino sino también de textos cuya inserción en el canon nacional argentino requeriría de una elaborada justificación, máxime si se considera que la suya era una

¹¹ Para esta formulación, seguimos libremente a Labarthe, 2006, especialmente el capítulo primero.

perspectiva diferencial respecto de la dominante en ese momento, centrada en la región pampeana y el espacio urbano de Buenos Aires.

Referencias bibliográficas

AGÜERO, Ana Clarisa. Córdoba en el imaginario de lo nacional. En: **Prismas. Revista de historia intelectual**, Universidad Nacional de Quilmes, n. 10, pp. 79-98, 2010.

ARGUEDAS, José María. M. El *Ollantay*. Lo autóctono y lo occidental en el estilo de los dramas coloniales quechuas [1952]. En: *Letras*, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, n. 99-100, 2000, pp. 189-211.

BERTONI, Lilia Ana. **Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX**. Buenos Aires: FCE, 2007.

CALVO PÉREZ, J. En busca del manuscrito perdido de *Ollantay*. **Revista andina**, Centro de estudios regionales andinos Bartolomé de Las Casas, n. 43, 2006, pp. 195-213.

CHEIN, Diego J. **La invención literaria del folklore. Joaquín V. González y la otra modernidad**. San Miguel de Tucumán: Edición de autor, 2007.

DALMARONI, Miguel. **Una república de las letras. Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y Estado**. Rosario: Beatriz Viterbo, 2006.

DAVIS, Elizabeth. Alonso de Ercilla's Fractured Subjectivity: Internal Contradictions in *La Araucana*. In: **Myth and Identity in the Epic of Imperial Spain**. Columbia and London: University of Missouri Press, 2000, pp. 20-60.

DEGIOVANNI, Fernando. **Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina**. Rosario: Beatriz Viterbo, 2007.

DE LLANO, Aymar. Discusiones de la crítica literaria: literatura andina, mundo andino, lo andino o cultura andina. En: **Revista del CELEHIS**, Universidad Nacional de Mar del Plata, n. 45, pp. 28-32, 2023.

DEVOTO, Fernando. La construcción del relato de los orígenes en Argentina, Brasil y Uruguay: las historias nacionales de Varnhagen, Mitre y Bauzá, En: Jorge MYERS (ed. de vol.), Carlos Altamirano (director). **Historia de los intelectuales en América Latina, I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo**. Buenos Aires: Katz, 2008, pp. 269-289.

DICHY-MALHERME, Sarah. El primer canto de *La Araucana*: una cartografía épica de Chile. En: **Criticón**, Université de Toulouse II-Le Mirail, Institut d'Etudes Hispaniques, n. 115, pp. 85-104, 2012.

ESPÓSITO, Fabio. La tradición nacional: una continuidad en el pasado. En: **Tramas, para leer la literatura argentina**, Centro de Investigaciones Literarias y Sociales, V. 5, N. 9, pp. 82-91, 1998.

FERNÁNDEZ, Cristina Beatriz. De la épica colonial al nacionalismo cultural moderno. Travesías sudamericanas del *Ollantay*. En: **Káñina. Revista de artes y letras**, Universidad de Costa Rica, vol. 47, n. 2, 2023, pp. 7-29.

GONZÁLEZ, Aníbal. Modernismo, modernidad, filología: la escritura modernista. En: **La crónica modernista hispanoamericana**. Madrid: José Porrúa Turanzas, 1983, pp. 5-59.

GONZÁLEZ, Joaquín V. **La tradición nacional**. Gonet: UNIPE Editorial Universitaria, 2015.

HOBSBAWM, Eric. **La era de la revolución, 1789-1848**. Buenos Aires: Crítica / Grijalbo Mondadori, 1999.

ITIER, César. *Ollantay*, Antonio Valdez y la rebelión de Thupa Amaru. En: **Histórica**, Pontificia Universidad Católica del Perú, v.30, n. 1, 2006, pp. 65-97.

- KATO, Takahiro. Hacia una etnohistoria de *Apu Ollantay*. En: Juan Zevallos Aguilar et al, **Ensayos de cultura virreinal latinoamericana**. Lima: Fondo editorial de la Facultad de Ciencias Sociales / Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2006, pp. 99-136.
- LABARTHE, Judith. **L'épopée**. Paris: Armand Colin, 2006.
- LASCANO GONZÁLEZ, Antonio J. **Joaquín V. González. Antológico e iconográfico**. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas / Ministerio de Educación y Justicia / Subsecretaría de Cultura, 1965.
- LIENHARD, Martin. Capítulo VII. El homenaje ritual al Inca y su adaptación literaria en tres textos coloniales. En: **La voz y su huella. Escritura y conflicto étnico-social en América Latina (1492-1988)**. La Habana: Horizonte, 1994, pp. 146-166.
- LUNA, Félix y otros. **Joaquín V. González**. Buenos Aires: Planeta, 2001.
- MARASSO, Arturo. **Joaquín V. González**. Buenos Aires: Emecé, 1946.
- MARTIN, Rosella. Circulación de imágenes en el Siglo de las Luces. Los incas ilustrados de *Ollantay* (1782). En: *Revista de Crítica Literaria latinoamericana*, Centro de estudios literarios Antonio Cornejo Polar, v. 42, n. 84, 2016, pp. 97-112.
- MITRE, Bartolomé. Carta del general Mitre al autor. En: Joaquín V. González, **La tradición nacional**. Gonet: UNIPE Editorial Universitaria, 2015, pp. 295-297.
- MÜLLER, Max. **Selected Essays on Language, Mithology and Religion**. Volume I. London: Longmans, Green and Co., 1881.
- NAGY, Silvia M. *Apu Ollantay* y las circunstancias de su creación. En: Margot Beyersdorff y Sabine Dedenbach-Salazar Sáenz (editores), **Andean oral traditions: discourse and literatura. Tradiciones orales andinas: discurso y literatura**. Bonn: Holo, 1994, pp. 199-222.
- PULFER, Darío. Presentación. Joaquín V. González: Entre la Invención de una tradición nacional y su transmisión cultural-educativa. En: Joaquín V. González, **La tradición nacional**. Gonet: UNIPE Editorial Universitaria, 2015, pp. 11-94.
- ROLDÁN, Darío. **Joaquín V. González. A propósito del pensamiento liberal (1880-1920)**. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1993.
- SOLARI, Herminia. Joaquín V. González: algunas consideraciones alrededor de la idea de Nación. En: **Anuario de Filosofía Argentina y Americana**, Universidad Nacional de Cuyo, n. 13, pp. 133-142, 1996.
- ZIGHELBOIM, Ari. De comedia ilustrada a leyenda. El trasfondo político de la anonimización del Ollantay. En: I. Arellano y J. A. Rodríguez Garrido (editores), **El teatro en la Hispanoamérica colonial**. Madrid: Iberoamericana / Vervuert, 2008, pp. 369-382.
- ZIMMERMANN, Eduardo A. **Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916**. Buenos Aires: Sudamericana / Universidad de San Andrés, 1995.